

LA SEQUÍA

Seudónimo: Fermín

Categoría: Matriculados Cuento.

Juan sube y baja una y otra vez la palanca de la bomba de elevación, que le entrega, de a ratitos, chorros de agua cortos y mezquinos. Hace más de media hora que el pistón golpea y succiona sin interrupción, al muchacho se le han endurecido los brazos en ese esfuerzo mecánico y casi inútil por arrancarle a la tierra el vital elemento. A su alrededor, las aves que han bajado de sus nidos sobrevuelan ansiosas con los picos abiertos. Algunas, agitando las alas, se arriman al vertedor de la bomba para robarle unas pocas gotas. Los horneros, más pacientes, se mantienen cerca piando sus pedidos de agua a una lluvia sorda a los clamores, mientras que el perro y los animales de la granja observan atentos desde los corrales el esfuerzo del hombre que a diario los alimenta.

La tarde se deshace en pedacitos y empieza a esconderse en las sombras largas que proyecta la arboleda. El sol del poniente arde en el horizonte y sus rayos apuñalan las ramas desfoliadas de los eucaliptus. La sequía, implacable, ha convertido al pasto y a los cultivos en una paja amarilla y sin vida, y del piso brota un aliento caliente con su augurio de muerte de todas las cosas.

Juan escucha un gemido y apura el bombeo. La Nicolasa está aguantando, pero no sabe hasta cuándo resistirá. Las contracciones empezaron a la hora de la siesta y desde entonces la muchacha alterna gritos con gemidos. “Cuando empiece a gritar me la traés”, le había dicho la Eduviges, que ha atendido partos desde tiempos que no guarda la memoria. Él no entiende mucho de eso, es la primera vez que está ante

la inminencia de un parto; con los animales es distinto y los ayuda en sus trances, pero con una mujer, su mujer, que también es primeriza, es otra cosa.

Sigue bombeando casi con rabia, cuando el chorro se adelgaza imagina que el balde que lo recibe se agranda tanto como su ansiedad. El calor es abrasador. Detiene el bombeo, sumerge una jarra de metal dentro del balde y la llena. La sed le pide un sorbo, pero él corre al interior de la casa y se acerca a la Nicolasa, que está tendida en el catre sudando, con la cara descompuesta y las piernas muy abiertas. Se miran fijo, pero no hablan, la mujer toma un trago largo y él le sostiene la jarra para que no se desperdicie ni una gota, luego la apoya con cuidado en el piso junto al brazo de la muchacha y corre al patio para seguir extrayendo agua. Cuando llega, encuentra media docena de gorriones disputándose lo que quedaba en el fondo del tacho, los espanta y las aves escapan con un aleteo precipitado.

Durante la siguiente media hora sigue bombeando como un poseído. Cada tanto, levanta la vista para ver la posición del sol, se seca la frente y sigue subiendo y bajando esa palanca de hierro que se ha tornado resbaladiza por el sudor y le produce dolor en los músculos. Se le entumecen los brazos y tiene llagas en las palmas de las manos, pero necesita más agua. Mira el camino y extiende la vista hasta el horizonte. El calor, intenso, mueve imágenes fantasmales sobre los campos exhaustos y aleja la ilusión de alguna lluvia providencial. La Eduviges tiene el rancho a tres leguas del suyo. Calcula que su caballo puede recorrer esas leguas en unas dos horas sin reventar. No puede pedirle más, es un rocín noble, pero muy viejo. Mira el nivel del agua en el tacho, tendrá que interrumpir el bombeo en media hora si quiere llegar al anochecer y lo ha llenado recién hasta la mitad.

Ha transcurrido la media hora y debe interrumpir el bombeo. No ha podido llenar el balde. Lo levanta con sumo cuidado y camina hasta el corral donde está el caballo. Mientras avanza, cruje el pasto reseco bajo sus pies en un lamento postrero. El caballo lo espera con las orejas erguidas y la boca abierta. Le apoya el balde junto a las patas, el animal mete la cabeza dentro y empieza a beber con desesperación. Cuando segundos después se lo quita, se encabrita un poco, pero él le pasa las manos por las orejas y lo tranquiliza. Se conocen bien, llevan muchos años juntos, aunque ninguno de los dos conoció una sequía como esa. Tiene que guardar medio balde de agua por lo menos, será vital para el viaje. Entra al corral, ata el animal al carro y lo lleva hasta la entrada del rancho. Coloca algunas mantas y almohadas sobre la chata y corre a buscar a la Nicolasa. La ayuda a reincorporarse y a sentarse en el catre. Ve su abdomen voluminoso y le corre un escalofrío por la espalda. Pasa un brazo de ella sobre su hombro, con el suyo le rodea la cintura, la levanta y la lleva hasta el carro, con dificultad la sube y la acuesta sobre las almohadas. Con extremo cuidado sube el balde y lo asegura contra la baranda. Después, regresa al rancho a buscar la jarra y le pide a su mujer que la mantenga aferrada con una mano cuando se la entrega. Antes de partir, abre la puerta de los corrales de las gallinas, de las ovejas y los chivos.

No lo exige, deja que el caballo decida el trote, ellos saben bien cuáles son sus límites para galopar bajo esos rigores. Ha tenido que abandonar a su suerte al resto de los animales de la granja. Sabe que, si no cae una lluvia providencial, todos morirán de sed o por el calor, lo que se imponga primero. Sabe también que la lluvia no caerá ese día, ni el otro ni el siguiente, y que, a su regreso, tendrá que empezar de nuevo, y con un hijo que criar. Mientras vigila que la Nicolasa soporte el viaje sin más sufrimiento y que el caballo mantenga el trote, le da por pensar en cómo será eso de criar un hijo, en verlo crecer y enseñarle a sobrevivir para que tenga una vida mejor

que la que le tocó a su padre. Piensa también en otras cosas. Entre ellas, en las ingratitudes de la tierra en la que transcurren sus días, que a veces le da y muchas otras le quita, en esa brutal sequía, la más dura y cruel que sus jóvenes años hayan conocido, que le ha matado los cultivos y la mitad de los animales; en las ilusiones que tenían con la Nicolasa cuando abandonaron la estancia en la que servían para iniciar su propio rumbo juntos, libres, sin patronos y con el proyecto de formar familia, con la única ambición de irse a dormir tranquilos hasta la salida del sol, confiados en que la tierra siempre recompensa a quienes le dedican sus esfuerzos.

Interrumpe sus pensamientos cuando advierte que el caballo ha empezado a caminar y que expulsa una espuma blanca por la boca mientras cabecea, como si le molestara el cabestro. Detiene el carro, ata la rienda tensa en el pescante y baja. Desata el balde y se lo lleva al animal que, sediento, hunde la cabeza en el recipiente y se traga el agua con avidez. Cuando quiere quitárselo y guardar un poco para el resto del viaje, el caballo, con la cabeza, le retiene el balde. Juan deja que se la beba toda. Sabe que han recorrido la mitad del camino, que pronto empezará a anochecer y que el caballo ya no podrá tomar más agua. Vuelve con el balde seco hasta su mujer, que ha dejado de gemir y ahora llora su dolor con un quejido largo de agonía. Le da a beber agua de la jarra, pero ella, después de un trago, la rechaza. Sus problemas pasan por otra parte y él no puede remediarlo parado allí, en medio del camino. Sube al carro, desata las riendas y las agita para que el animal vuelva a trotar; a un nuevo grito de la Nicolasa, lo apura para que galope y el rocín obedece bufando. El movimiento enloquecido del carruaje agrava los dolores de la mujer y exacerba a Juan, que descarga una y otra vez el látigo contra las ancas sudorosas del caballo. Los alaridos de la mujer, el castigo de Juan al animal y el crujido de los ejes y de las

ruedas, convierten al conjunto en un transporte veloz y demencial que, envuelto en una nube de polvo, huye hacia la oscuridad.

Ha caído la tarde ya y el caballo se niega a seguir galopando, no reacciona ante el castigo del látigo y mantiene un trote lento y agónico. Juan sabe que lo ha dado todo y que no soportará el esfuerzo mucho más tiempo. Escudriña el camino en la penumbra, busca alguna luz que le alimente la esperanza de estar próximo a su destino. La Nicolasa le ruega entre llantos de dolor que detenga la carreta, que ya no soporta más, que un líquido espeso se ha derramado entre sus piernas y que cree que el niño nacerá en cualquier momento. Juan redobla el castigo del rocín, aun cuando ve que un sudor inusual le baña el lomo y que ha bajado la cabeza, mientras expulsa por la boca una baba rojiza y espesa. Ya no trota y apenas camina, por momentos se tambalea cuando alguna de las patas cede al peso y a la fatiga, hasta que, al fin, emite un débil relincho y cae hacia adelante. Enseguida dejan de sostenerlo las patas y se desploma definitivamente. Juan salta de la carreta y corre a asistir a su viejo amigo, pero comprueba que ha dejado de respirar.

Mira hacia adelante y, en medio de la oscuridad, le parece ver una luz débil, palpitante, aunque no consigue apreciar la distancia que los separa de ella. Puede estar a doscientos metros o a dos kilómetros. Va hacia la parte trasera del carro y ayuda a la Nicolasa a bajar. Le da de beber un poco de agua de la jarra y él se termina el resto. Cuando ella echa pie a tierra, la sostiene, pasa sus brazos bajo la espalda y las rodillas de la muchacha, la levanta y empieza a caminar. Ve que el bulto del vientre ha bajado y sabe que eso significa una sola cosa: el parto es inminente. Un cuarto creciente le ilumina apenas el camino polvoriento desde un cielo límpido, azul y

estrellado que empieza a ponerse negro. A medida que avanza, la luz a la distancia se va haciendo más nítida. Apura el paso con cuidado de no tropezar. La Nicolasa viaja exhausta, colgada de su cuello, trata de silenciar los gritos y los quejidos para evitar el agobio de su compañero. Baja uno de los brazos a su abdomen en un instinto materno de protección y siente los movimientos del bebé bajo la piel. Juan descubre que la luz tenue que ha seguido se encuadra ahora en el marco de una ventana, está a no más de cien metros de distancia y eso lo impulsa a correr. Al llegar, reconoce el rancho de la Eduviges, es en realidad una choza de madera con paja en el techo. Sin anunciarse, sube al rellano, empuja la puerta con un pie y entra. Desde adentro, la mujer lo mira sorprendida, pero enseguida comprende la situación. Es una anciana vencida por los años y tiene ojos de haberlo visto todo. Se levanta del asiento de paja en el que pelaba una papa y, mientras se lava las manos, le indica a Juan que deposite con cuidado a la Nicolasa sobre el catre. Lo hace y el muchacho percibe el miedo en los grandes ojos marrones de su mujer. Con un gesto, la partera le indica que salga y él obedece enseguida después de echar un último vistazo al vientre abultado de su compañera.

Sentado afuera de la choza, Juan espera, entre paciente y nervioso, mientras contempla las estrellas. Nota que las hay de todos los tamaños, que algunas titilan y otras no, y que juntas forman figuras extrañas en el cielo. Se pregunta qué misterios albergará esa vastedad que solo acerca una luna, y se entretiene tratando de descifrarlos; nunca antes había observado el cielo con tanto detalle, lo hacía únicamente para prevenir los vientos y las lluvias o, en todo caso, el clima del día siguiente. Pero esa noche, después de haberlo perdido todo, se siente acompañado por esa inmensidad de brillos y claroscuros infinitos, que le hace guiños desde las

alturas y le anestesia el dolor. Quisiera preguntarle a ese inesperado compañero si existe un modo de recuperar la esperanza y los sueños, como los que, una vez, lo habían impulsado a valerse solo con la ayuda de su mujer; o si podrá encontrar la confianza y las ansias necesarias para empezar de nuevo. Se siente tonto al pensar que el cielo escuchará sus lamentos. Baja la vista abatido y sigue rumiando su desgracia, con la fe nublada y un oscuro pronóstico sobre el futuro.

De pronto, un llanto estalla en la noche, es un llanto naciente, potente, vital, que hace temblar los cimientos de la choza y que lo paraliza por un instante, le cuesta al principio entender la pertenencia de ese llanto que exhala miedo y coraje al mismo tiempo. Después, se da cuenta de que una vida nueva nacida de sus entrañas, de que un vástago de su propio tallo, acaba de abrir los ojos bajo ese manto negro y misterioso colmado de estrellas.